SELECCION DE POEMAS DEL POLACO WITOLD WIRPSZA *

POR

ANGELICA BECKER

Witold Wirpsza nació el 4 de diciembre de 1918 en Odessa, de padre polaco y madre griega. Estudió derecho y música. Sus primeros trabajos literarios vieron la luz en la revista *Forja de los Jóvenes (Kuznia Mlodych).* Fue prisionero de guerra de los alemanes. Periodista después del 45, realizó viajes a Alemania, Francia, Austria, China y Vietnam. Vive actualmente en Varsovia y trabaja para una editorial. Poeta conocido, dramaturgo, novelista y traductor de renombre; en colaboración con su mujer tradujo al polaco a Goethe, Rilke, Tomás Mann, Broch, Brecht y Benn. En 1954 publicó un cuento, *El viejo tranvía,* y la editorial Hanser dio a conocer su novela *Naranjas en el alambrado,* en versión alemana, en 1964. Ultimamente se han traducido más prosas suyas al alemán, encontrando un eco notable. Figura también en las dos antologías de literatura polaca editada por Hanser, la de cuentos *(Excursionen)* y la de poesía del siglo XX.

Obras de teatro: *Tántalo* (1958) y *El creador* (1962), pieza que emplea elementos «absurdos» con fines satíricos.

Poesía: *Sonata y astillero* (1949). *Polémicas y canciones* (1951), *Carta a mi mujer* (1953), *Pequeña especie* (1960), *Don Juan* (1960), *Comentarios de fotografías* (1962). Desconozco los títulos publicados en fechas posteriores, pero sé que ha salido, al menos, otro libro de poesía, un tomo de ensayos y una novela.

El año 65 ó 66 Wirpsza sufrió tres infartos seguidos, e influyeron decisivamente en su obra posterior estos largos meses entre la vida y la muerte que estuvo inmovilizado en una clínica.

> La perspectiva de ser presentado al público español —me dice en su última carta— supone para mí una honda emoción. En cierto modo, resulta una aventura bastante extraña para un escritor polaco, pues

* El orden de los poemas no es cronológico, se ajusta más bien a los temas tratados.

Mi versión española es libre, pero, según creo, fiel al concepto poético y la emoción subyacente, y esta clase de fidelidad, a mi entender más importante que la textual, a veces sólo se puede conseguir un poco a costa de la última. *(N. de la A.)*

> hasta ahora, y por desgracia, los lazos entre ambas naciones han sido poco estrechos. Y muy equivocadamente según creo, porque en su intimidad más profunda, ambos pueblos son barrocos por naturaleza, y debiera existir entre ellos, por tanto, una especie de afinidad electiva.

Escéptico, agudo, trágico, dolido y satírico, Wirpsza pertenece a la generación de la entreguerra, pese a la fecha de su nacimiento, y revela su poesía la patética experiencia del caos desbordado del que fue víctima el hombre del siglo xx y con él toda Europa, todo Occidente. Es, por tanto, desde muy joven, un poeta de la vejez. Así se explica que pueda escribir a los treinta un poema titulado «Al cumplir los setenta años»... Palpita en su obra ese desdoblamiento del «vivirse» y del «saberse vivir», del estar dentro del mundo y a la vez fuera; ese doble «sentir» que nos confiere tan sólo la lúcida madurez, la lección bien aprovechada del sufrimiento.

Selección, traducción
y notas de
ANGÉLICA BECKER
Narváez, 44
MADRID

JUANA DE ARCO

Existen
dos posibilidades de consumirse en llama:
La primera
tal como el fuego se consume.
La segunda,
Juana ardiendo. Juana, sumergida
en líquidas olas del mar. Juana, monje real.
Así
arde Juana: Un fuego
en medio del mar regio. En mutuo contacto lo consumible. Cambio.
[Y cambio.
A Juana consumiendo, el fuego consúmese. A través del fuego y de
sentimos [Juana
el íntimo ser de la mar. Contactos mutuos, ascéticos.
El consumirse
de lo que ya se consume.
La líquida mar contribuye a la muerte del fuego y de Juana.
Hela aquí, la tercera
posibilidad de penetrar en aquella
Juana:
A través de palabras.

A través del fuego que emana de las palabras. ¡Aquellas palabras
de fuego analizan a Juana!
Mas las palabras siempre cambian. Son como la mar las palabras.
Los mutuos contactos
entre Juana (que es el fuego) y el fuego (que es Juana)
cesan, por fin. Ya no hay fuego, Juana. ¿Y qué más?
Lo callamos.
La marítima adoración de algo, que callamos, y que acaso
es amor.

VENUS Y AMOR

En 1956, un periódico polaco dio la noticia de que en la Galería de Arte de Dresden mutilaron un lienzo de Reni, Venus y amor, *destrozándolo con un cuchillo. El malhechor no fue penado.*

Y tanto me preguntarán, y tanto: Si mi padre
muchas enfermedades sufrió.
Si acaso mi madre gozaba de buena salud. Si gozaba
yo mismo de buena salud en los días de mi niñez. Si por las
mañanas
olvidaba yo a veces el pañuelo en la mesa de mi tétrica casa.
Mas nada digo.
Guardo silencio ante el juez. Sin temor. No contesto.
Y tanto me preguntarán, y tanto, tanto...: ¿Por qué ese corte
que desemboca en las cercanías
del pubis,
atraviesa el costado izquierdo del vientre dorado?
¿Por qué ese otro
cercenando amenaza el pecho derecho cual si operase un cáncer
de mama?
¿Por qué enlaza el tercero ese cuello de mujer con el otro, frágil,
de niño,
cortándoles el aire que respiran?
¿Por qué no apuñalé, simplemente, sus corazones divinos?
Mas nada digo. Guardo silencio ante el juez. Sin temor. No
contesto.
Y tanto me preguntarán, y tanto, tanto:

¿Qué temes? ¿Por qué temes? Analiza tu temor. ¿Qué astros,
qué estrellas
son tus cómplices, di? ¿Qué rayos solares? ¿Qué campos?
Y de repente contesto:
De aquel lienzo
os he robado tres hilos,
tres minúsculos hilos, ciegos, remotos, livianos: ¡Qué bien
los oculté
en mi casa. ¡Revolvedla! ¡Buscadlos!
Mas nada
encontraréis.
Son míos.

LOS VALLES
(Mirando fotografías)

Valle del Blanco Arroyo: allí no me quedo. Ese nombre,
ese fragmento de una fotografía
—arriba, las agujas rocosas; abajo,
el despeñarse de las pétreas aguas y saltos—
los deposito
en el, ay, tan conocido lecho
azul
de un cuello femenino,
delgado, flexible;
en la curva; en el esfuerzo del siervo.
Helo aquí, el valle del arce,
donde ya no se despeñan las aguas. Tan sólo me aguarda
la oblicuidad de rocas empapadas.
Tampoco me quedo. Deposito este valle
en el lecho sudoroso de los siervos que tan asiduamente
bajan al muerto de la cruz, que tan asiduamente
bajan sus propios cuerpos de la cruz con ahínco.
Sí, deposito
ese valle
en el lecho compasivo de sus sexos ocultos,
y tampoco me quedo.
Ni siquiera permanezco
en el valle de lágrimas,
lleno
de nieblas flotantes; no existe ese valle

que tanto se parece a los montes,
tan imaginable, tan cierto.
Lo deposito
en las aguas movidas de la pesca,
en busca de perlas,
agua de la nuca esbelta,
de vergonzosos ahogos.
Tampoco me detengo
en el Valle Espiral que repentinamente se precipita, se hunde...
Oh, tampoco existe...
Mas conocemos
tantas descripciones de ese valle y nos hacemos
tantas ideas
acerca de su forma,
que la caída abismal,
a través de la dicción expresiva,
es inevitable.
Deposito ese valle
en la depositada arena del camino de Saulo, en la fija mirada
de sus ojos: en la fija mirada
del cuero manchado de una silla de montar
solitaria.
Y ahora, por fin,
el valle mío, polvoriento. Valle
de pequeña hondonada, convexo. Valle plano. Ese valle
ya no lo deposito. Valle, todo lecho
donde ya se repiten las mareas de mis amores, y los gestos
de mi duda profunda, y los encuentros
de todas mis esperanzas. Todo repetido. Las perlas redondas
en la palma de mi mano y su peso. Se repiten las tumbas
de mi único amor verdadero. Mira, ¿qué palabras
escritas están en la tumba?
Y se repite
una tumba aún sin nombre, casi incierta. Mira, ¿qué palabras
escritas están en la tumba?;
mira, ¿qué palabras?
Se repiten
todos los lechos, sin fin, y con todo
lo que deposité, hace años. Repeticiones
irreconocibles por lo polvoriento, lo convexo
de su forma despiadada.
Y me quedo, por fin.

Quieto y solo
en el camino de Saulo, sin Saulo ya, sin camino,
en el amplio valle sin camino y sin Saulo permanezco,
y descanso.

LA DESTRUCCION (ARS INTERIMENDI)

La destrucción
no significa un lento proceso previsible. Es ataque,
asestando lijaduras mortales.
(Lijadura, por cierto,
indica tanto lisura, superficie pulida,
como herida o lesión, y de ello se infiere,
claramente,
un profundo parentesco fonético-conceptual entre ambas nociones,
comprobado asimismo
por verbos como «lijar», «alisar», y «disiar», pues «lijar» significa
«alisar» y «disiar» a la vez:
destrucción, por lo tanto,
nos recuerda también algo liso, pulido, un terso cutis juvenil, y con
ello, ternura.)
La destrucción no tiene nada que ver con el producto de velocidad
y de tiempo. La destrucción
no tiene nada que ver con la respuesta a la pregunta: ¿Cuánto des-
truirá? ¿Y por qué?
La destrucción
no es producto alguno en los ojos humanos,
ni fonético, ni semántico.
¡Oh!
¡No saben lo que hacen!
Ay, pueblo
mío (sí, pueblo), di: ¿Qué has hecho?
¡Qué importa!
Tu existencia
desconoce la primera persona singular del presente:
existo. Tu
existencia
desconoce el verbo «ser», aunque acaso
tu existencia no desconoce el verbo «estar», y está, transitoria,
sin existir en un vivir profundo...

Mas, ¿dónde —me pregunto—
se origina
la destrucción, y por qué?
¿Nace acaso
en la indiferencia del hombre, en su alma intangible?
Expresado anecdóticamente,
es como si alguien nos dijera ante un muro inmenso:
«Es la barrera del sonido. Toca su áspera piedra.»
—No la toco.
«Has destruido la barrera. Detrás de sus piedras florece la alfalfa.
Coge esas flores.»
—No las cojo.
«Dejaste mustia la flor y sin pétalos. Pero ancho es el cielo. Mira,
y alza tus brazos.»
—Dejo caer mis brazos.
«También el cielo se extingue. Sólo persisten en su fondo, más profundos, los sones. Leélos y canta.»
—Cierro mis ojos, mi boca. No canto. No miro.
«Sin embargo, destruiste esos sones.»
Destrucción...

LAS CASAS

Sí. Devastaron en la guerra las ciudades
en las que transcurrió mi vivir.
Comprobé, sin embargo,
que entre el Mar Negro y el Mar Báltico aún se yerguen
las casas todas, donde viví.
Incluso aquella donde mi madre parióme, todavía persiste.
Mas el campo de concentración con sus barracas misérrimas,
la prisión y el calabozo, esos sí, sucumbieron.
Me parece
que todo aquello significa
profundamente
un sistema que desconocemos.
Lo confirma la firme actitud persistente de aquellos lugares
que ampararon mi vida en la guerra. Mas ahora me pregunto:
¿Qué sistema entrelaza estos signos? ¿Qué destino se forma?
¿Constituye acaso
la supersticiosa representación de una cosa,

simplemente
más duradera?
¿Mas qué es lo que importa?
El contar estas casas
en sí es un hecho peligroso.
¿Existe tal vez en algún lugar de este mundo
ya mi casa mortuoria?
¿Existe esta casa
incluso en nuestro tiempo tan inestable y sin signos eternos?
¿Y no sería lógico, que al construirse, debiera
desmoronarse cualquier otra de mis muchas mansiones?
(Pienso tal vez en la casa
de mi niñez, quebradiza, lejana...)

LA PENINSULA

Rodeada por barcos de vela: Patria de muchos puertos.
Rodeada por trágica sangre: Patria de muchas matanzas.
Rodeada por tristes adioses: Patria de muchas partidas,
península del mayor continente, del clima más suave,
de acciones mortíferas, febriles pensamientos y
oscura ponzoña, patria frágil, quebradiza,
atemorizada por las máquinas y el estrépito de aviones
supersónicos, atormentada por la ruidosa respiración
flamígera de los cohetes:
Todo aquello
ha podido ser una vez, patria mía,
y no volverá a ocurrir nunca más.
Tampoco podemos volver a pisarte, patria mía, ni por mar, ni
por tierra. Desde el aire,
acaso,
nos queda aún observarte:
te extiendes
como una mano abierta roída por el tiempo,
corrompidas tus rocas, ya cansadas, y cantando los vientos
en tus grutas y cavernas
con silbidos tan agudos cual si fueses una llave en su boca,
con silbidos tan ruidosos, cual si fueses una vieja botella
en la que dan trompetazos ridículos...

Esas voces de órgano
alcanzan a los que huyen de ti por el mar y por el aire. Oh,
¿dime, cuándo, península,
te separarás de la tierra que te forja
al tronco de un inmenso continente,
desligándote, isla definitiva, de todas las tierras?
¿Dime, cuándo, península,
navegarás, isla mínima, sola por todos los mares,
desprendida de tus propias rocas y montes, tus propios venenos y fondos volcánicos?
¿Cuándo, península,
renunciarás a todo, negarás todo, menos la trágica certeza de permanecer eternamente,
trágicamente,
en tu vejez?

APROVECHAR POETICAMENTE

¿Cómo aprovechar poéticamente la vida
hecha trizas?
¿Cómo aplicar cuáles artes para que aquélla se componga
de buena manera?
¿Y cuáles momentos
han de rasparse rítmicamente,
con un rítmico raspador, para que los fragmentos
casen, por fin, y se hagan
útiles
para los venideros lectores?
Un trozo de vida, en donde lo oscuro
se apresura a penetrar en el día, en donde se mezclan
las direcciones de todos los vientos, en donde la fresca mañana
empapa la madura vejez y derrumba
su ética seguridad tan compacta;
donde las melodías se marchitan; donde el compás del tiempo ya envejece, donde los ritmos
exageradamente se hinchan y pierden las pausas
lo intrínsecamente cóncavo de sus formas abultadas;
¡Ay,
quién pudiera

aprovechar ese trozo de vida tan rico en signos, tan carente
de frases
gramaticalmente continuas!
Yo no lo intento. Espero
—casi firmemente—
que pase la vida,
y cese.
Que todo termine, por fin, en esa última oportunidad que nos
queda. Que todo (y más que ese todo)
se ordene, por fin, casi solo, en un orden tremendo y que
alguien, por fin,
lo aproveche,
por fin,
y con mano certera.

APUNTES HECHOS SOÑANDO (FRAGMENTOS)

Don Juan

6.º apunte (2.º fragmento)

Después de la muerte: Aquello se aproxima bastante a las
normas de la Grecia Antigua: El río Lete,
Carón, anciano huesudo.
Mas aquí no existe la barca. ¡Qué turbias las aguas del olvido!
Sobre ellas, un cielo harapiento. Cielo gris. Cielo impuro.
Hablo con Carón. «No tengo dinero», le digo.
«Hundióse la barca», responde.
«Tú sin óbolo, yo sin barca», responde: «Elige.
O te llevo a hombros y olvidas ("a hombros", repite, y "olvidas
tu vida, tu muerte"),
o me llevas a hombros, y recuerdas. Recuerdas tu vida para
siempre.» («A hombros», repite nuevamente,
y luego la palabra «Elige»).
A mis espaldas le subo. ¡Cuán poco pesa!
Siento sus manos en la nuca, sucias, hediondas, delgadas,
tan leves que me causan horror, tan delgadas... A veces
murmura un poco. No se le entiende. Sus piernas huesudas
friccionan
la piel de mi cuello. La oprimen. Siento miedo.

El terror penetra
cual frías cuchillas en mi alma, creciendo
a cada paso en ese universo que exploro (ese o aquel, quién
lo sabe).
Es la frialdad, el terror del paso primero. Más aún, del
alentar primero
después del terror de haber nacido de la matriz materna: Todo
aquello
lo recuerdo durante ese paso primero.
Mas de repente
se separan las aguas,
como antaño
bajo los pies del pueblo judío,
y piso la tierra seca. El leve peso en mis hombros,
ya no lo siento. ¿Adónde Carón, el barquero?
¡Qué importa! Gané la ribera.
Camino entre cerros y prados,
entre colinas primaverales bajo un cielo de nubes alegres.
¡Qué delicioso el andar, qué fresco, qué dulce es el viento!
¡Qué maravillosamente aislada mi indiferente
consciencia en medio de aquel paisaje cual agua templada!

EXPERIENCIA FORMAL

Reducir el universo matemáticamente, obteniendo
el mismo denominador para todo:
un minúsculo trozo de mar, de un sinfín de colores.
Liso y llano, ese ámbito a la vez ostenta
formas prismáticas:
¡Qué bien reconocen los rayos
el camino trazado de la refracción!
Los colores
se disponen en fila cual sones, cual alcoholes
de arco iris en sus probetas,
disonantes:
Lo verde
al lado de lo malva. Carencia de lo rojo.
Por esta ausencia pe-
netra
fríamente la plata, frío intruso.
Largas hileras. Notificamos las omisiones, sobreabundancias,

hinchazones; ciertas subespecies de lo amarillo
al que de repente
las ventanillas de lo eterno entreabren el azul celeste;
nadan ahí, disueltas, pesadas medusas.
(Las probetas
facilitan la descripción. En el fondo, ni existen.)
Nacidos del agua, los colores
se hacen cristal desde dentro.
Entre ellos y la luz, nada media.
El hombre no resulta distante, no es ya disonancia:
Cae agudo
cual río en ese mar pequeño: cuanto más humano, menos algas.
Antes hubo silencio. Mas el hombre imponía
un fluctuante mover, un elemento musical y humano.
Perturba colores, superficies,
lo profundo.
Helo aquí, el legible sistema, construcción del querer humano,
legible, sencillo:
Sus más simples aspectos
nacen del instinto fitiforme: los árboles llevan
anchas coronas distantes. Nada falta
para dar cuerpo a ese sueño: actúa la corriente del agua
cual si fuese viento que levemente agitase las ramas...

VIENDO A UN VISITANTE POR DENTRO
(LA VISITA DE UNA ESPONJA)

1

El visitante que durmió esta noche en mi casa,
se fue con hermosos silbidos y pasos livianos,
y la cabeza muy alta, cual capullo de rosa.
Pensé:
Se imagina
que la ciudad es un huerto
con terrazas, regaderas, regaderas, terrazas...

2

Al caer ya la noche,
encendí la luz que ilumina mi mesa.

De repente
salió debajo de la cama
una esponja, de rosáceo color.
Moviéndose fluidamente, cual si fuera
el aire un mar en reposo,
aterrizó en el escritorio,
delante de mi libro
aún abierto.
y podía contemplar la finura formativa de la esponja.
lo rosáceo de sus vasos pulsantes, los intrínsecos latidos
apenas perceptibles, mas acaso tan presentes
como el silbido de un cercano cohete.
Se trataba de algo
apenas creíble, mas no por ello
menos cierto:
El cerebro
de un hombre.

3

Delante de mí, un abismo.
Lo contemplaba
sin el menor peligro, pues ofrecía
tan sólo su lisa superficie,
y la superficie
nunca marea.
Pero sentí, sin embargo, que en el fondo del abismo
(es decir, en los recodos de la esponja,
en estas circunvoluciones del cerebro)
se operaba un cambio profundo, un extraño movimiento, y
pensé: es el fondo del mar.»
¿No era aquello
como peces del mar profundo, relucientes, perezosos,
parecidos al recuerdo infantil que nos liga
a la semiinconsciente niñez?
¿No era aquello
como centollos, anémonas, erizos inmóviles,
adheridos a las rocas de tiza, cual si fuesen tan sólo
matemáticos símbolos abstractos? ¿No era aquello
como plantas acuáticas, de tiernos temblores y sospechas
apenas fundidas?

Mis ojos
percibieron tan sólo la esponja de rosados matices. ¡Cuán
cerca el abismo,
y cuán lejos!
Podía
estrecharlo en la mano, palparle, mas siempre
se escapaba, siempre ajeno.
De pronto,
intrínsecamente,
el débil anuncio
de una fluctuación.

4

Y supe en seguida que esa
fluctuación
no dejaba de ser solitaria:
Pues fueron
los recuerdos infantiles que causaron un abrir y cerrar de
pestañas,
con frialdad acuática de peces
nocturnos.
Los símbolos matemáticos
ni sirven de agente de caldeo
para nuestra fantasía. Son duras y se arrastran
penosamente como corbatas. Las sospechas inciertas
nunca aceleran los latidos
del corazón. Tan sólo se esconden
entre corrientes cálidas y frías.
Yo seguía contemplando la esponja, suavemente rosada,
seguía contemplando el cerebro desnudo de un hombre que vive,
esa lisa superficie de un abismo que protege
con lisura sus grietas terribles y sin fondo,
y supe de pronto
que era posible ser cruel, y que yo
iba a serlo.

5

El visitante
volvió tarde a mi casa, avanzada la noche. Aún silbaba,
contento
«He conocido
a una chica muy guapa.» Y con una sonrisa:
«¡Ay, qué chica, qué chica!»

OSTRA OPTIMISTA

Ese durar de las especies es insoportable.
Monos que enseñan desde millones de años sus hocicos cansados
y manos alargadas.
Monos que se mueven y saltan, se columpian, se mecen
con la misma sorda inexperiencia de siempre,
atractivos para pulgas desde siempre.
Hormigas que conservan la especie, nada más,
que se nutren, reúnen provisiones y luchan, y todo tan sólo
para transportar blancas larvas y multiplicarse
infinitamente, nada más.
Es insoportable.
Flores —maravillosas, decimos— soberbias, modestas, decimos
—y tiernas—
todo este barullo de raíces absorbentes, sistema vegetativo que
simbióticamente de los minerales se aprovecha,
mariposas, abejas, colibríes;
hasta el agua
cuyas secreciones ornamentales se parecen a la hiel y saliva;
todo, absolutamente todo lo que acostumbra
el ojo humano a la hermosura, es decir, al indiferente desprecio
es insoportable.
Ríos y lagos aturdidos,
recipientes de líquidos inmóviles o movidos, sones armoniosos
de domesticadas riberas y curvas suaves, en la arena, en lo
verde del prado, en los mágicos bosques,
todo molesta, todo oprime con su aberrante armonía,
todo grita —y escuchan— todo truena —y escuchan—
las aguas que arrastran escarchas y piedras, sorprenden,
causan pasmo, producen
rígidas risas en las caras extasiadas.
Es insoportable.
Exuberantes formaciones horizontales,
es decir rocas, pasos estrechos, abismos y cimas en desorden
terrorífico,
causando angustia bajo los astros en el espacio infinito,
por soberbia virtud de la glándula que rige la impotencia,
la metafísica de las corpóreas secreciones.
Es insoportable.
Y después de todo, se acercan,

desmesuradamente satisfechas se acercan y dicen: Nosotros
sabemos.
Hemos explorado la estructura jurídica del universo, y sabemos.
Hemos tragado la filosófica piedra de Salomón, cual si fuese
una simple ostra. Sabemos.
Al ser tragada esta ostra, lo admitimos,
empezó a protestar —«gloglo»— en la garganta.
Mas bebimos, inmediatamente después,
un poco del frío vino racionalista,
y ahora sabemos.
Sabemos, cómo tiene que florecer la naturaleza para ser
una digna hermosura.
Sabemos, cómo tiene que florecer la humanidad para ser
dignamente feliz.»
—Y se tambalean,
borrachos del nauseabundo licor de su imaginación fantasiosa,
con el vientre hinchado por culpa de la ostra optimista,
con ideas tan claras que devoran como el fuego sus ojos
que afanosamente proyectan
el optimismo, la angélica dicha del reconquistado paraíso,
en ese mundo que saben.
Es insoportable.
Mas he aquí
los hombres tiernos y tristes que extinguen la llama extasiada,
los humildes que a nadie molestan con sus hallazgos,
los que comprenden y buscan que se les comprenda,
ridículos, ridiculizados por el saber de los otros.
No temen, porque tienen valor. Mas decid: ¿Hasta cuándo
los sabios de este mundo tolerarán su pesimista presencia?
¿Y si se multiplican, qué sucede?
Porque docenas de millones de tales seres serían,
estoy seguro,
cierta— y absolutamente
insoportables.

AL CUMPLIR LOS SETENTA AÑOS

I

Desde ahora,
todo está cargado de material explosivo.
Los objetos muertos y los objetos vivos

anhelan la descarga.
Un gusano se mece en las ramas, en un hilo invisible,
ensanchándose.
Ya alcanza el tamaño de un perro, y siempre se mece,
repitiendo
el mismo movimiento de mecedora.
Un gorrión sobrevuela mi cuerpo, y su sombra pequeña
ensombrece el sol largas horas:
la fábrica respira
penosamente en las afueras, cual si fuese
la flota entera del Pacífico en la última guerra.
Las gentes se mueven
melancólicamente y portan con cuidado
sus gruesos vientres delante del cuerpo.
El material explosivo los cuaja. Es un ciego. Es la muerte.
Durante mis siete decenios he abrazado esa muerte que
suavemente
roía mis entrañas.
Ahora
la regalo al mundo.
Tiene en este momento
la magnitud de animales antediluvianos. Su piel es cristal
transparente,
una luna infinita.
Contemplo de un modo distinto, escucho, pienso y siento
de otra manera, diferente a cuando tenía
quince, treinta, cuarenta, sesenta y dos años de vida.
Las cosas son más graves que antaño, y tienen más peso.
El viento se convierte en un lienzo casi táctil por cuya superficie
yerran los truenos de tormenta; hasta el agua se trueca
en acero espeso
del que la mirada duramente rebota cual de placa blindada.
El bosque se hace
pétrea niebla, inmóvil, al viento sujeta
y acre a soportar para el ojo.
El ruido casual que produce
un pez al moverse en el agua, resuena
cual duro martillazo sobre un yunque que nunca existiera.
Es tan espeso el sonido
que lo puedo coger con la mano, y su peso es tan grave
cual si fuese
un proyectil dirigido.

También cuando un niño pequeño rasga las cuerdas
del violín con su arco, y suena, y se produce un sonido,
asiré el sonido: es huidizo,
como la lagartija que corre con prisas
por la arena.

II

Y yo pienso:
el camino que atraviesa ese bosque
es una banda de cobre que se adentra en el negro distante.
Sube, pegado al horizonte,
bizarro plumaje de vueltas, atajos y vueltas...
Y yo pienso: la madre con un niño.
Mas imagino tan sólo
el lienzo de un pintor holandés,
no percibo ya seres vivientes. Desvivida es mi alma.
Y yo pienso: alegría.
Me imagino
un delicioso conjunto de colores y sones, colores de papel
y de imprenta,
no de ojo conmovido.
Y pienso finalmente: el amor.
Me figuro
la escala de Jacob, los coros angélicos —el mundo
poderosamente se aleja en tonos amarillos
y azules, azul y amarillo como el mapa—
y vuelvo a pensar: el
amor.
Los caracteres de imprenta se confunden cual niebla
ante mi percepción,
ya deja de ser la palabra una serie de letras, convertida
en sones melodiosos,
anotación musical: como la lagartija, que mirada de cerca
alcanza magnitudes inmensas y crece: sin cesar. Me recuerda
el edificio de la policía: tanto crece.
¿Acaso me busca
la policía (absurdo pensamiento)?
¿Es posible que ella fuera
la imagen de un miedo atroz, algún ser ya divino?
Por vez tercera pienso:
el amor.

Y también imagino
cómo pensamos los hombres: el pensar se parece
a una pluma pequeña que cae.
Esa pluma pequeña
puede recrear nuestro mundo. Esa pluma pequeña
se trueca
en vía láctea
que atraviesa los cielos.
Y vuelvo a pensar por lo tanto: el amor,
lo supremo.
Desde ahora,
el mundo nuevamente está cargado de material explosivo
y todas las formas
brotan exuberantes como plantas allá entre las grietas
disecadas de la tierra.
En las entrañas del mundo
se esconde una orquesta sinfónica, un órgano poderoso.
Por ello
respira penosamente la fábrica en las afueras
de la gran ciudad, cual si fuese
la flota del Pacífico durante la Guerra, en plena batalla,
como coros de órgano gótico y de antigua madera.
Siento que el mundo me pesa
cual lágrima solitaria en mis ojos ya fatigados,
tan lejos está,
y tan cerca.

WITOLD WIRPSZA
POLONIA